

El egoísmo en la infancia

Los niños son habitualmente egoístas. Perdónenme las madres el mal que de ellos voy a decir, teniendo en cuenta el bien que les deseo.

Los fisiólogos dicen que el egoísmo es un sentimiento instintivo, de defensa individual, común a todos los seres jóvenes. Según esto los niños se hallan en el mismo caso que los pollitos, es decir conseguir la mayor parte posible de comida, y los demás que se fastidien. Si el destino humano fuera idéntico al de los pollos—ser comidos lo más suculentos posible—podríamos aplaudir; pero sería un ideal de antropófagos. El egoísmo se halla en los antipodas de la vida social y de la vida cristiana; es dos veces un vicio. El instinto no es una excusa; la virtud es la excepción. Algunos he conocido, sin embargo, entre los cuales, uno daba gustosamente juguetes, bombones, centimos, pero al lado de ese rasgo encantador podría citar como contraste otros rasgos del más perfecto egoísmo.

Las salidas de clase, en los más pequeños se caracterizan a menudo por escenas penosas que los moralistas se ven obligados a acoger severamente. Esos hombres en pequeño luchan como leones por una manzana, una hoja de papel, un lugar usurpado; hasta el punto de tener a veces que ser separados algunos cuyo egoísmo exasperado alcanzaba el supremo furor.

Un médico dedicado al estudio de la infancia, escribía no ha mucho. «Conozco niños de catorce y quince años que son verdaderos hombres de presa, sin piedad, prontos a reírse de todo lo que signifique sufrimiento, dispuestos a pisotear todo cuanto pudiera oponerse a la inmediata satisfacción de un deseo suyo».

¡A cuántos menores de catorce y quince años puede aplicarse la palabra cruel, pero justa, del fabulista: «Edad sin compasión».

El egoísmo en la infancia, es, pues, inadmisible, pero yo no veo que un gran esfuerzo sea iniciado por parte de padres y maestros, para combatir tan abominable defecto social, es más, parece que ese egoísmo va ya en aumento. La figura de la niña que cada semana lleva los centimos recogidos para sus golosinas, a un pobre, y lo hace gustosamente con un hermoso desprendimiento del vil metal, será pronto, si no lo es ya, una figura legendaria. Ahora se da monedas a los niños para que las lleven no a los desgraciados, sino a la caja de ahorros. Es digna de encomio, ciertamente, la economía y su aprendizaje; es bueno que el niño mismo aprenda a ser previsior; permitidme, sin embargo, que guarde mi admiración mejor para el gesto de dar que para el otro.

Hace algún tiempo fui testigo de una escena que algunos juzgarán muy bella, pero a mí me entristeció; una madre, joven y elegante, acompañada de dos lindas niñas hacia inscribir en sus libretas de ahorro una corta cantidad de di-

nero. Y a riesgo de pasar por un sentimental, evoqué ante la taquilla manchada de tinta, el recuerdo de otra escena contada por un poeta en la que una madre también acompañada de sus hijos, pone en las manecillas, torpes aun del menor de ellos, una limosna, en cuanto divisa a un desgraciado, para que le sea entregada por aquél. Y hacia esa última se dirigían mis preferencias.

Podéis decirme que una madre puede a la vez enseñar a sus hijos el ahorro y la limosna. Es cierto, pero yo preferiría, no obstante, que los niños fuesen solo testigos de la última acción. Puesto que el niño es instintivamente egoísta hay que enseñarle ante todo la generosidad. Ya se encargará la vida, por desgracia, muy pronto, de moderar lo que haya de exuberante en esa virtud.

La enseñanza de la generosidad es, por otra parte, bastante fácil. Dad el ejemplo al niño; nada puede compararse a una lección viviente. Nosotros, generosos ante él, compasivos y buenos para todos, caritativos, indulgentes, acogedores y misericordiosos.

Entreabrid esa almita, naturalmente cruel y cerrada a la piedad divina de que se ha llenado vuestra alma a la vista de las miserias humanas y por la experiencia dolorosa de la vida.

J. S.



Capelina en bengala beige, adornada con cinta del mismo tono.

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Mayo de 1930.

Vestidos sencillos

El vestido de tweed se usa mucho para la mañana. Con este vestido sienta perfectamente la boina de lo mismo. El tweed-jersey con guarniciones de piqué es un capricho de la moda presente. Hemos visto modelos de tweed beige, castaño y azul; en el escote y en las bocamangas adornos de piqué blanco, resulta neto y elegante.

Para uso diario es decisivo el triunfo del «sastre»; nada más práctico que la falda, no larga, esto es cinco o seis centímetros por bajo de la rodilla. Ahora, dentro de esta categoría claro es que existen modelos diferentes. Por esto parece equivocada la tendencia de algunas casas de costura a prolongar las faldas del «sastre» hasta confundirlas con las de vestir.

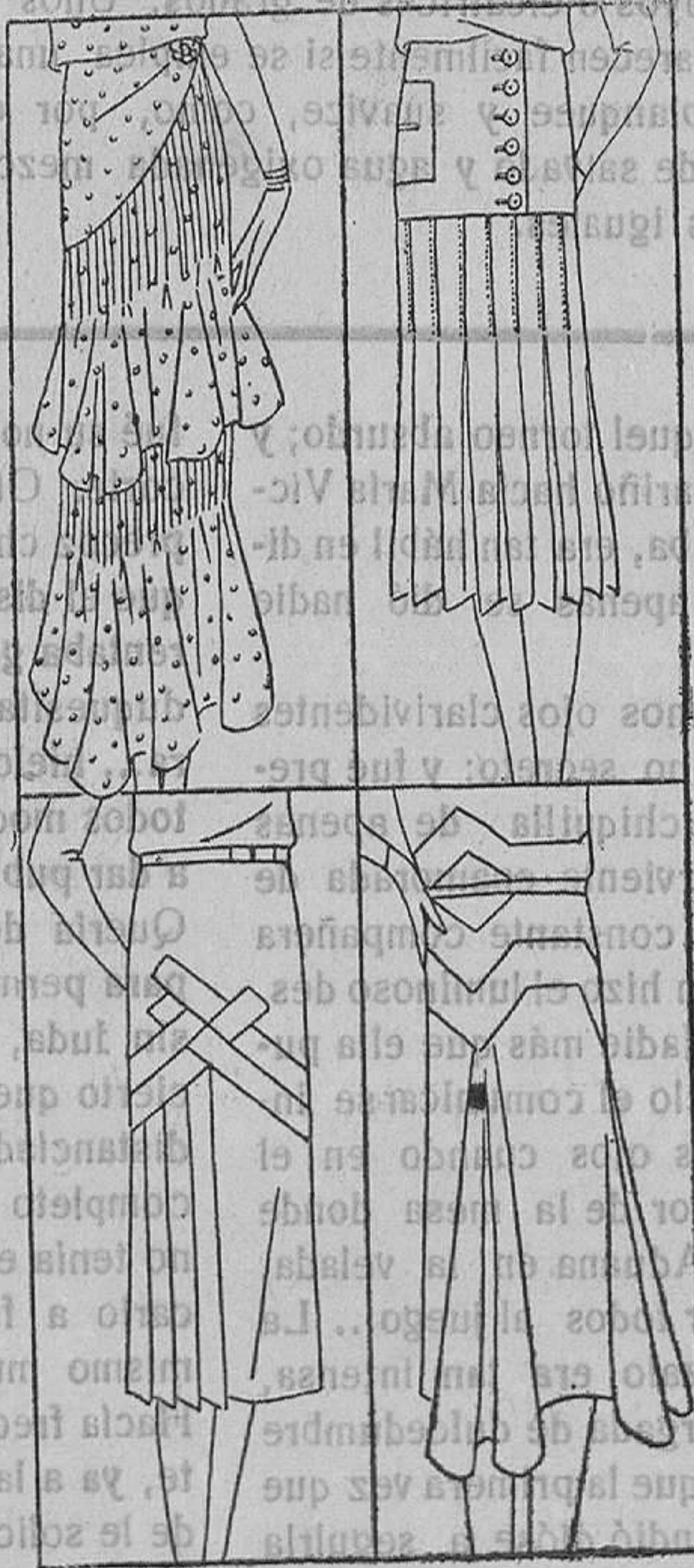
Por cierto que en este asunto de las faldas largas hemos llegado ya a la exageración. Empeñados en alargarlas hay casas que ya han ideado y aun lanzado faldas con verdadera cola, arrastrando. Afortunadamente esto solo arraiga en los trajes para la noche y de etiqueta. Para diario repetimos que no es creíble la admisión de la cola. Cuando más habrá alguna excéntrica que por llamar la atención salga a la calle con falda hasta tocar el suelo.

Vengamos al «sastre». Se usan con chaquetillas cortas; sobre todo suprimase el tres-cuartos. Nada de chaquetilla severa, cuando se trata de jóvenes: tampoco chaquetilla ajustada, sino recta, apenas con indicación de las caderas. Falda con pliegues aunque si se desea también es admisible el corte con vuelo. En tal caso también se puede usar de el tejido de paño o de rep. Para obtener efectos de vuelo sirven perfectamente los godets o las tablas pequeñas, estrechas, que se abren sólo en la parte baja de la falda.

Si queremos vestir algo más, siempre dentro de lo diario, podemos usar los tejidos de crepe de China moteados o estampados con florecillas. Mejor que el fondo negro están al uso los de color castaño, azul o verde oscuro; pero en tales casos conviene el escote mediante adornos blancos o de color claro que armonicen con el fondo de la tela. También pueden usarse en esta temporada los plegados aplastados con planchas. De todas maneras lo esencial es que el conjunto sea neto y sencillo, evitando todo lo que pueda sobrecargar o hacer pesada la silueta.

No pensábamos hablar más que de vestidos de diario, pero encontramos alguna novedad en materia de trajes de baile y como la moda ha cambiado bastante en estas últimas semanas y por otra parte lleva camino de modificarse muy en breve, no omitiremos hoy esa actualidad. Sobre que puede concentrarse en pocas palabras. Se ha establecido una diferencia entre los vestidos según la importancia, es decir lo ceremonioso del baile. Generalmente ya no se emplean los crepes de China pesados ni de satén. Se usan las muselinas, crepe georgette, tul y en algunas circunstancias (más serias) el muaré. Ha vuelto el uso de una flor en el pecho y un tacito en el hombro.

A. D'ENERY



ALGUNOS MODELOS DE FALDAS

- Falda de muselina impresa, con volantes formados por alfileritas. Falda tailleur en tweed, toda a tablas. Falda tailleur de lanita, adornada con bandas cruzadas y tablas en el costado. Falda en crepe, adornada con godets en los costados.



SONETILLO MADRIGAL

A la canzonetista Conchita Garzón; fervorosamente.

Tiembla en tus labios de rosa —fuego, rubí y escarlata— la canción dulce y melosa como una risa de plata.

Alegre risa parlera en un arpegio engarzada, que suena, cascabelera, en la penumbra dorada.

Siempre dulce y primorosa una caricia mimosa en sus acentos enhebra,

porque tu voz es Conchita, toda un alma que se quebra en una boca chiquita.

GUMERSINDO RIVERA

Mahón

PENSAMIENTOS

—La ironía es la lapidación del sentimiento; una burla que se escuda con el antifaz de la sonrisa.

—Helen Rowlan dice: «Si no puedes ser bella, sé tonta.» Yo creo que sería mejor decir: «Si no puedes ser bella, sé buena». Ser tonto es un defecto, ser bueno una virtud.

—El espíritu se cultiva. No se renueva.

—Ser bueno no es igual a ser virtuoso; la virtud equivale a una elección del espíritu sobre la materia; la bondad no necesita cultivos especiales.

—La Ambición nace con el hombre: es natural que la guerra cese cuando la Humanidad se extinga.

—La mentira es comprensiva cuando el Dolor ensombrece nuestras almas. Es una hermosa flor sin aroma que deleita por su belleza delicada.

X. X.

T. B. O.

SEMANARIO INFANTIL

Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados

Historietas — Cuentos — Chascarrillos.

Precio: 0'10 pesetas.

Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintes Rotger, Plaza del Príncipe, 17.

Lo que dicen los ojos

En el fondo de todas las creencias y supersticiones hay una observación más o menos acertada, pero siempre con fundamento. Cuando se dice que la cara es espejo del alma se expresa el resultado de una observación que, por lo demás, se comprende muy bien, desde el punto de vista fisiológico: las contracciones musculares responden a un estado de espíritu.

Los niños particularmente—y digamos también los animales domésticos, de modo singular el perro—adivinan por la expresión de la cara de sus padres (o de sus amos) que deben pensar de la actitud de sus observados. Y en la cara lo más expresivo son los ojos. Hay ojos sumamente parladores, por decirlo como algunas coplas lo cantan. Si no nos enteramos de ello tan pronto como podríamos hacerlo es por que los hábitos de la educación nos impiden fijarnos demasiado; lo que pasaría por impertinencia. Pero los médicos si se fijan bien y esté es uno de sus procedimientos para el diagnóstico.

La pupila, lo que se llama vulgarmente «niña del ojo» se dilata o contrae según la intensidad de la luz; se dilata igualmente cuando miramos a lo lejos y se contrae cuando nos fijamos en algún objeto cercano. Pero existe otra observación, menos conocida, y es que la pupila media, es decir la constante en las circunstancias corrientes, no es uniforme; cambia mucho según el carácter de la persona. En los temperamentos nerviosos la pupila generalmente es ovalada en sentido vertical. En los temperamentos ponderados es oval en el sentido de la anchura.

La pupila se va achicando con la edad, hasta el extremo de no ser más que un punto, cuando la persona llega a la senectud.

El iris, es decir el globo del ojo, azul, negro, pardo, verde, también experimenta alteraciones; no siempre guarda igual matiz dentro de su color.

Si a esto añadimos que los nervios correspondientes a las pupilas no están sometidos a nuestra voluntad, encontraremos bien fundada la creencia de que los ojos pueden servir de revelación en determinados momentos. Está probado que la contracción de la pupila del ojo derecho indica contracción del hígado. Al mismo tiempo que aparece este fenómeno en la pupila se presenta otro en el iris; éste toma un tinte amarillento. En otras enfermedades también hay fenómenos oculares correspondientes, generalmente cuando existe lesión en los pulmones o en la pleura. Y lo mismo en las enfermedades del corazón. Con esta particularidad, que no se alteran ambos ojos, sino uno solo, el que corresponde al lado enfermo.

Dicho esto, que es el resultado de observaciones científicas, podemos comprender la razón de que sin necesidad de conocer estas derivaciones en estado normal o en las dolencias, el vulgo concede tanta importancia a la mirada. De aquí que haya adivinanzas fundadas en la expresión y estado de los ojos. Por supuesto que la vivacidad de una cara no estriba exclusivamente en la mirada y que el gesto, dependiente de músculos obedientes a la voluntad, puede disimular lo espontáneo de la pupila; pero el artificio no puede prevalecer sobre la obra de la naturaleza; para un observador instruido, los ojos hablan siempre con franqueza.

Aquí encaja perfectamente una regla muy práctica para el *nosce te ipsum*. Mirémonos

tranquilamente al espejo; y como ni la pupila ni el iris se someten a nuestro mandato, podremos interrogarlos sobre nuestro interior sin temor a que nos engañen. Es verdad que saber leer en los ojos no es cosa que se aprenda en las escuelas...

MISS ANNY



HIGIENE DE LA PIEL

Muchos son los defectos de la piel, que por su gravedad no deben ser tratados con remedios caseros y que reclaman la asistencia, no sólo de un médico, sino la de un especialista.

Entre las principales imperfecciones de la piel, se cuentan cierto género de lunares y las manchas vulgarmente llamadas de vinos. Unos y otras no deben tocarse sin previa consulta de un buen dermatólogo.

Los lunares pequeños de superficie plana y color obscuro, pueden hacerse desaparecer fácilmente, así como los que son algo abultados e incoloros. Las verrugas, por regla general, se secan y desaparecen por sí solas, pero si están en un sitio molesto o demasiado visible, recúrrase a un facultativo para que se las quite sin tardanza. Las manchas rojas u oscuras de la piel se decoloran con remedios sencillos, mas no se empleen reactivos enérgicos y menos la electricidad, sin antes consultar a la ciencia.

Las pecas no se consideran como defecto, pero si desagradan a quien las tiene, pueden hacerse casi invisibles aplicando sobre ellas jugo de pinos o jugo de limón.

Tampoco debe tolerarse que afeen el cutis los hoyos o cicatrices de granos. Unos y otros desaparecen fácilmente si se emplea una loción que blanquee y suavice, como, por ejemplo, agua de saúvado y agua oxigenada mezclada en partes iguales.

La jardinería en macetas

EL MELILOTO

Es una planta de adorno muy interesante, cultivada en la Europa Meridional.

Generalmente es herbácea, con hojas trifoliadas y flores en racimos que ponen un cáliz con cinco dientes y corola caduca.

Los estambres son diez diafillos, siendo su fruto una legumbre recta indehiscente.

Es importante en la medicina, economía doméstica y en jardinería por su elegancia.

Contiene un ácido en la proporción de 1'25 por 100, el cual, disuélvase el hierro y zinc, desprendiendo hidrógeno.

Se disuelve este ácido en el agua, pero mejor en alcohol y éter.

LECCIONES DE COSAS

PARA QUITAR MANCHAS DE LOS VESTIDOS

Primero. Para quitar las manchas de grasa sobre algodón o lana de buen tinte, aplíquese tierra absorbente en seco o empléese generalmente una lejía de jabón ordinario. Si la tela no es de buen tinte, póngase sobre la mancha una capa de tierra de batán o de alfarero, en polvo y apriétese con una plancha muy caliente.

Segundo. Para seda, muarés, satenes lisos o labrados, viértanse primero dos gotas de espíritu de vino rectificado, se aplica un trapo de hilo y se pasa la plancha caliente, quitando instantáneamente el trapo. La poca grasa que desluzca todavía su sitio se quitará enteramente con unas gotas de éter sulfúrico y frotando un poco.

Tercero. El agua de Colonia o la esencia de limón quitan también las manchas, pero con esta última, al cabo de unos días reaparece un traza, salvo cuando es muy pura.

Cuarto. Las manchas de fruta sobre algodón blanco o de color buen tinte se quitan por medio de sal de acetina; las manchas de tinta por medio de sales de limón, vertiendo unas gotas de agua caliente inmediatamente después de la aplicación.

Quinto. Frotado energicamente se quitarán las trazas de pintura sobre seda, paño, etc., con tal que la tela sea lo bastante resistente; también puede aplicarse trementina con la barba de una pluma de ave hasta que la mancha desaparezca.

Sexto. Para hacer desaparecer las manchas de vino, sumérgase la tela en leche en ebullición.

ECONOMIA DEL HOGAR

APROVECHE sus prendas usadas; la ropa nunca es vieja por estropearse el tejido, sino porque su color es feo, desteñido o pasado de moda.

Tíntelos cómodamente en su casa, vestirá bien, ahorrará dinero y encontrará verdadero placer usando los tintes domésticos de la acreditada marca

"HOME DYE"

De venta en la Librería de Manuel Sintes Rotger, Plaza del Príncipe 17, Mahón.

DE COCINA

PURÉS

Esta clase de sopas se hacen todas del mismo modo con corta diferencia y con la sustancia de cualquier legumbre, como zanahorias, patatas guisantes, castañas, lentejas, nabos, judías, etc.

Para hacer el puré de zanahorias, se cortan gadas, poniéndolas en una cazuela con la cantidad suficiente de manteca para que se rehogue; se consigue, se les añadirá caldo del puchero y se les hará cocer; después se colarán, desmenuzándolas, y el nuevo caldo que resulta, se cocerá otra vez, remojando después con él la sopa que se quiera.

El puré de lentejas se hace cociendo una libra de estas legumbres, con caldo del puchero, idem; esto cocido, se colará por un lienzo un poco claro, añadiendo luego al puré un poco de agua para que no esté tan espeso, cocidiéndolo luego y espumándolo y remojando con él la sopa.

Nada decimos del puré de castañas, aceleras y de guisantes, porque se hacen del mismo modo.

POTAJES

Estos, lo mismo que los purés, se hacen poco más o menos del mismo modo; el de garbanos se hace remojando y escaldando éstos, cocidiéndolos luego con un poco de aceite crudo, añadiéndoles cebolla y ajos fritos, sazonándolos con sal y espinacas y espesando por último el caldo, bien con arroz, bien con yemas de huevo.

Para hacer el potaje de lentejas, se cocerán éstas poniéndolas con agua fría y sal; luego se les añadirán los nabos, arroz o espinacas (estas deben cocerse aparte), y por último, después de cocidos, se freirán unos ajos en aceite, añadiéndoles pimienta y perejil, cuyo salsa se echa al potaje antes de retirarlo del fuego. El potaje de judías y el de espinacas se hacen también del mismo modo; en el de castañas se lavan estas, cocidiéndolas con un poco de anís, y luego se rehogan con aceite o manteca, formando para él la misma salsa que para los demás potajes.

SALSA DE PIÑONES

Se toma un puñado de piñones bien lavados y mondados, se echan en el almírez con unos granos de ajo, cominos y una yema de huevo caliente se muele, y desléfala en caldo blanco o agua; se hace dar un hervor y queda en estado de servir.

ALCACHOFAS FRITAS

Se escogen las más tiernas; después de cortadas en pedazos, bien lavadas y secas, se ponen algún tiempo en una pasta hecha por un puñado de aceite, sal y pimienta, se frien y se sirven con perejil frito.

HUEVOS BLANDOS PASADOS POR AGUA

Se ponen en agua hirviendo y se dejan sólo cinco minutos; se sacan, se ponen en agua fría, se quita la cáscara y se sirven enteros con salsa blanca o cualquiera otra.

FOLLETIN DE «EL BIEN PUBLICO»

EL SECRETARIO

—POR—
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(77)

gas, celosa de aquel caballeresco respetto con que a ella jamás la distinguieron (ella no era duquesa, ¡claro!) y con una mirada que no vió y que fué poema exquisito, madrigal inspirado de ternura dulcísima.

La voluntad de Gonzalo Estrada en aquel momento, brillaba por su ausencia.

Y continuó encontrándose inerte, desfallecido ante la seducción de la vida en común; ante la renovación del trato diario (como evocó su encanto en el destierro), ante la sugestión adorable de aquel nuevo aspecto de sinceridad ingénu que ofrecía ahora María Victoria Mur.

De cada día confesábase más inevitablemente vencido, pero no se entregaba. Era al contrario, el convencimiento de su impotencia, acicate que encrespaba su orgullo interesado has-

ta el límite en aquel torneo absurdo; y así, aunque el cariño hacía María Victoria se acentuaba, era tan hábil en disimularlo que apenas se dió nadie cuenta de él.

Unicamente unos ojos clarividentes atisbaron el divino secreto: y fué precisamente una chiquilla de apenas quince años, ferviente enamorada de la de Mur y su constante compañera de paseos, quien hizo el luminoso descubrimiento... Nadie más que ella pudo pescar al vuelo el comunicarse inconsciente de los ojos cuando en el salón, en derredor de la mesa donde se jugaba a la Aduana en la velada, parecían atender todos al juego... La mirada de Gonzalo era tan intensa, tan larga, tan cargada de dulcedumbre y de amargura, que la primera vez que la niña la sorprendió dióse a seguirla admirada de la hondura abismática del sentimiento que reflejaba. Y la mirada fué a posarse, lenta y acariciadora, sobre los ojos de María Victoria Mur, que parpadeaban elocuentes y ruborosos, abatiéndose al embate del madrigal de amor que conmovía su alma.

Carolina nunca había visto a Gonzalo mirar así a Inés de Vargas, que

fué su novia antes de marcharse a la corte. Otra cosa no pudo averiguar la precoz chiquilla, pero estaba cierta de que el disimulo de Gonzalo que aparentaba galantear a todas menos a la duquesita, no era más que una máscara... hiejo que escondía un volcán. De todos modos la chiquilla no se atrevió a dar publicidad a su descubrimiento.

Quería demasiado a María Victoria para permitirse descubrir lo que ella, sin duda, deseaba tener oculto. Es lo cierto que los dos jóvenes vivían muy distanciados. Gonzalo, entregado por completo al cuidado de sus intereses, no tenía el tiempo sobrado para dedicarlo a fruslerías; seguía siendo el mismo muchacho serio de siempre. Hacía frecuentes viajes, ora a la corte, ya a la capital de su provincia donde le solicitaban asuntos de política o de intereses. Al regreso de todos ellos siempre traía algún recuerdo que probaba a la de Mur el lugar preferente que ocupaba en su corazón y en su memoria. Casi siempre eran objetos de escaso valor material pues, delicado en todo, el tutor se hubiese abstenido de ofrecer a una muchacha soltera presentes de valía; pero en cambio

llevaban todos ellos ese sello de exquisita elegancia que delata en el que los eligió un gusto refinado.

El precioso cuarto que se le había destinado en casa de la viuda de Estrada estaba lleno de todas aquellas lindezas artísticas, y cada una de ellas podía guardar una fecha y un recuerdo.

Cuando permanecía en casa, dedicaba Gonzalo los mejores ratos del día a acompañar a su madre y a su pupila; pocos eran porque, como se ha dicho, un inmenso trabajo le absorbía, aumentado ahora con la terminación de la obra que dejó empezada el duque de Mur. Veíasele sacrificar gustoso, a tan agradable compañía, hasta esos ratos que la mayor parte de los hombres pierden en los casinos. Y sin embargo, a pesar de la cariñosa asiduidad de su tutor, la señorita de Mur llevaba un amargo recelo dentro del alma...

La chiquela parlanchina, prima de los Estrada, preciosa criatura grácil e inquieta, como menudo diablito de cuento de hadas, lo sabía todo... Y ella fué quien habló a María Victoria de Inés de Vargas, una morena admi-

rablemente bonita que a Gonzalo le pareció adorable años atrás y en quien doña Mercedes pensó con mucho agrado. Era hija única de un rico propietario de la localidad; pertenecía a una buena y honrada familia de hidalgos y estaba bastante bien educada e instruida. Era realmente una simpática muchachita, algo coqueta, un poco travolta, pero muy buena en el fondo. Verdad es que tan disculpables defectillos podían perdonarse en gracia a sus pocos años.

Inés manifestó estar muy enamorada de Gonzalo antes de la marcha de éste a casa del duque de Mur. Gonzalo también demostró que le gustaba mucho la mocita... Fueron novios... Pero un día el señorón de Madrid se presentó ante la casona de los Estrada en un soberbio automóvil, y aunque su presencia no causó extrañeza alguna, porque la gente del pueblo estaba harto hecha a ver llegar visitas empingorotadas a casa de la viuda del Magistrado, comentóse mucho su partida en compañía del mayorazgo de casa principal del lugar, que había aceptado en casa del aristócrata el puesto de Secretario.